
RECENSIONES

Juan Pablo Fernández-Cortés

La música en la Casas de Osuna y Benavente (1733-1882). Un estudio sobre el mecenazgo musical de la alta nobleza española.

Sociedad Española de Musicología, Madrid 2007, 596 páginas.

Tesis doctoral del autor, presentada en la Universidad de Granada en 2006, se trata de una obra clave para valorar el decisivo papel que desempeñaron las Casas de Osuna y Benavente en la promoción, mecenazgo, gestión y consumo de música durante el Antiguo Régimen y su continuidad a lo largo del siglo XIX, hasta la quiebra de la Casa en 1882.

A pesar de algunas aportaciones antiguas o parciales sobre el patronazgo musical de la nobleza, este excelente libro amplía considerablemente el conocimiento de la realidad musical española en el contexto de una historiografía centrada sobre todo, hasta fechas recientes, en el estudio de la música sacra o de las capillas reales.

Juan Pablo Fernández Cortés, musicólogo y consultor cultural, es fundador y director artístico de la *Compañía Teatro del Príncipe*, grupo creado en el año 2006 que se dedica a la recuperación, interpretación y grabación del repertorio dramático-musical. Formado en el Conservatorio Superior de Música de Madrid y en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se licenció en Historia del Arte, realizó su doctorado en Historia y Ciencias de la Música en la Universidad de Granada, completando su formación en distintos

centros de España y Alemania.

En 1996 su obra *Visión fugaz* para cuarteto de cuerda, percusión, piano y voz, fue premiada con la beca para compositores noveles de la Comunidad de Madrid. Desde 2000, sin embargo, se dedica fundamentalmente a la investigación y a la producción musical. Sus principales líneas de investigación son la música teatral de los siglos XVII al XIX y el mecenazgo musical. Entre sus últimos trabajos destacan la recuperación, edición musical y grabación de la zarzuela *La Fontana del Placer* de José Castel y Bruno Solo de Zaldívar, el estudio y edición crítica de la zarzuela *Los Jardineros de Aranjuez* de Pablo Esteve y Grimau (Premio Manuel de Falla 2004 de la Universidad de Granada), la versión española del libro de Leonard Bernstein *Young People's Concert (El maestro invita a un concierto)* publicado por la editorial Siruela (2002) y la monografía *La Música en las Casas de Osuna y Benavente* (SEdeM, 2007), que reseñamos en estas páginas. Ha sido también colaborador de nuestra revista, donde ha publicado: "El paisaje sonoro de la villa de Benavente en una celebración festiva del siglo XVIII", *Brigecio* 16, 2006, pp. 17-25.

Miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Española de Musicología entre 2000 y 2007, y del grupo de investigación *Mecenazgo musical en Andalucía y su proyección en América* desde el 2003. Ha participado como ponente y miembro del comité científico en numerosos congresos nacionales e internacionales invitado por diversas instituciones. Actualmente imparte clases en el Conservatorio Profesional de Música de Madrid y colabora

como musicólogo, productor y asesor musical *freelance*, con diversas empresas del sector audiovisual y musical.

El libro se divide en siete capítulos, conclusiones, unos nutridos apéndices (pp. 411-550), bibliografía e índices.

El **Capítulo I** realiza una breve, e imprescindible, aproximación histórica y genealógica de las Casas de Benavente y Osuna. Extensa la de los Osuna: desde sus remotas raíces medievales (batalla de La Sagra, 1086), creación del condado de Ureña (Uruña) en la figura del Maestre de Calatrava Alfonso Téllez-Girón (1453-1468) y ducado de Osuna por Felipe II, en 1562 en la persona de Pedro Téllez-Girón, V titular del condado, hasta Pedro de Alcántara Téllez-Girón, IX Duque de Osuna, que casó con María Josefa Alonso Pimentel, XV Condesa y XII Duquesa de Benavente (1751-1834).

Mucho más breve, el recorrido por la familia Pimentel, desde sus oscuros orígenes en la corte portuguesa hasta la fundación del condado en 1398 en la persona de João Alonso Pimentel, I conde de Benavente. Centrándose en la personalidad singular de María Josefa Pimentel (1753-1834) que casó en 1771 con su primo el Marqués de Peñafiel, segundón de los Osuna, convertido por sorpresa en Duque por la inesperada muerte de su hermano en 1787, momento en el que se unieron ambas casas, hasta su muerte en 1807. El título de Osuna pasó entonces al primogénito de la pareja Francisco e Borja Téllez Girón, no así el de Benavente que se mantuvo en poder de su madre María Josefa hasta su fallecimiento en 1834, heredando ambos títulos su nieto Pedro de Alcántara, XVI Conde de Benavente y XI de Osuna.

Un aspecto interesante es el que perfila el autor sobre la estructura administrativa de ambas Casas, que ocupaban varios

cientos de personas con ocupaciones que iban desde las puramente cortesanas a las más domésticas, pasando por una larga relación de empleados de la Secretaría, Archivo o Contaduría. En 1794 el número de empleados directos sobrepasaba las 200 personas que desempeñaban distintas actividades clasificadas en 15 secciones, cifra a la que habría que añadir el personal que se mantenía en cada uno de los Estados regidos por los Téllez-Girón o Pimentel.

El papel jugado por la música en el mecenazgo de las Casas de Benavente y Osuna formaba parte del complejo sistema que caracterizó el ideal de vida noble en la Edad Moderna hispánica. El patronazgo cultural era uno de los medios que aseguraba a sus miembros como clase dirigente creando una imagen simbólica que reafirmaba sus privilegios y el protagonismo del linaje. Coleccionistas y bibliófilos, la música, el teatro, los actores y sus familias, cantantes y músicos, pintores y escultores, eran objeto de protección de los Osuna y Benavente, símbolo y rango de su alcurnia.

El **Capítulo II** versa sobre los antecedentes musicales de ambas Casas, desde el siglo XVI a 1733, especialmente los Téllez-Girón, que desarrollaron una intensa actividad musical tanto en España (Osuna y Madrid), como en Italia donde varios miembros del linaje desempeñaron cargos de Virrey (Nápoles y Sicilia) y Gobernador (Milán) entre los siglos XVI y XVII.

En Osuna, destaca la labor de Juan Téllez-Girón, IV Conde de Ureña (1494-1558) que convirtió la villa sevillana en un importante centro cultural y artístico, patrocinando la formación de capillas musicales en sus fundaciones religiosas, entre las que sobresale la Capilla Musical del Santo Sepulcro, panteón de la Casa.

La fundación de la Universidad, por otra parte, favoreció el desarrollo de la imprenta (1549) con la edición de algunos importantes libros musicales.

Otra de las constantes en la política de mecenazgo de los Osuna fue el apoyo económico a determinados compositores a lo largo del siglo XVII (Pietro Cerone, Sebastián Durán). En la centuria siguiente, José Téllez-Girón, VII Duque de Osuna, mantuvo una destacada capilla musical en Madrid y en Sevilla (durante el denominado Lustró Real, 1729-1733), a la que pertenecieron algunos de los más importantes instrumentistas activos en España durante la primera mitad del siglo XVIII (Baltasar Caballero, Antonio Literes, José de Nebra, Juan Martín Blumen, entre otros). También patrocinó y organizó representaciones de teatro musical en castellano (ópera y zarzuela) que solían estrenarse en el coliseo de su propio palacio y después pasaban a los teatros públicos.

En Italia los Osuna prestaron asimismo una particular atención a la música en Nápoles, Sicilia y Milán: capillas musicales palatinas, espectáculos y ceremonias religiosas y protección a compositores que a su vez dedicaron ediciones musicales a los Duques (Antonio il Verso, Giuseppe Palazzotto e Tagliavia).

Respecto a los Pimentel, a pesar de la falta de estudios y la pérdida del archivo de Benavente, también desarrollaron un importante patronazgo musical. El IV y el V Condes poseían una capilla musical (maestro de capilla, seis cantores, tres niños de coro, dos capellanes, organista, arpista, cuatro ministriles y dos sacabuches) y otro conjunto de músicos heráldicos (siete trompetas y dos atabales) que acompañaban al Conde en sus campañas militares y participaban en los actos representativos de la Casa.

EL VI titular, por su parte, poseía una

capilla musical de seis esclavos ministriles negros, comprados en Lisboa en 1554, una práctica, la de esclavos dedicados a la música, poco estudiado, pero habitual entre la nobleza española de la época.

Y como estas Casas principales, así las de Arcos (la única estudiada en su relación con la música), Béjar y Gandía, incorporados a la de Benavente en el siglo XVIII, e Infantado y Medina de Rioseco, a la común de Osuna ya en el XIX, cuyas prácticas culturales y sociales asumieron los Téllez-Girón Pimentel. Especialmente el recuerdo de la figura de Francisco de Borja y Aragón, IV Duque de Gandía, canonizado como San Francisco de Borja, delicado intérprete y compositor musical.

El **Capítulo III** estudia los profesionales que llevaron a cabo las actividades musicales en el entorno doméstico de las Casas de Osuna y Benavente entre 1733 y 1882, configurado, por un lado, por profesores de música y baile (de los miembros de la familia) e instrumentistas y compositores, por otro.

Música y baile eran disciplinas básicas en la educación de los jóvenes aristócratas, de ambos sexos, durante los siglos XVIII y XIX. Tanto María Faustina Téllez-Girón (1724-1796), conocida como condesa-duquesa viuda de Benavente, como su hija María Josefa Pimentel, XV condesa duquesa de Benavente, recibieron clases de música desde la infancia. El marido de esta, Pedro de Alcántara Téllez-Girón, IX Duque de Osuna se formó como violinista a cargo de los más destacados instrumentistas de la época.

Este interés por la música lo transmitieron los Duques a sus hijos, formados desde la niñez en una esmerada educación musical de manos del soprano italiano del Teatro de los Caños del Peral, Carlo Marinelli, especialmente Manuela Isidra,

futura Duquesa de Abrantes, a la que pintó Goya en un retrato sosteniendo una partitura. La educación se centró básicamente en los instrumentos de teclado y en la formación vocal.

El mismo entusiasmo por la música demostró Francisco de Borja Téllez-Girón, X Duque de Osuna (1807-1820) quien tuvo a su servicio varios maestros de música para la educación de sus hijos. Pedro de Alcántara II (para distinguirlo de su abuelo), XI Duque de Osuna (1820-1844) y XVI Conde de Benavente (1834-1844), discípulo del famoso cantante y compositor Valldemosa, Director de la Real Cámara, fue uno de los músicos aficionados más notables de la nobleza madrileña como pianista y barítono.

Al igual que la música, el baile era disciplina fundamental en la educación de los jóvenes aristócratas, practicado bien en el ámbito privado de sus cámaras, bien en los bailes públicos y de máscaras de fines del XVIII o principios del XIX. Los titulares de las Casas de Osuna y Benavente contrataron como maestros de baile para sus hijos a algunos destacados bailarines y coreógrafos europeos, especialmente franceses (Pierre G. Gardel y Jean Joly), cuya elección se consideraba en la época una muestra de elegancia.

Esta formación musical de la familia fue clave para que la música se convirtiese en una de las actividades centrales de su mecenazgo cultural, como creadores y patronos de pequeñas capillas musicales u orquestas que amenizaban sus fiestas, intervenían en funciones teatrales, etc.

Entre 1733 y 1787 buena parte de los instrumentistas que trabajaron para la Casa de Osuna lo hicieron asimismo para la Monarquía (José Bonfanti, Pablo Esteve, José Literes y un largo etc.) contravinando las normas dictadas desde Fernando VI para que los músicos de la Real

Capilla tuvieran una dedicación exclusiva. La situación se hizo aún más llamativa tras la boda del Marqués de Peñafiel con la Condesa de Benavente en 1771, cuya labor eclipsó las actividades musicales de los Téllez-Girón. María Josefa Pimentel creó una famosa orquesta, considerada una de las mejores de España, de la que formaron parte algunos de los músicos más importantes de su tiempo, activa desde 1781 a 1792 cuando, probablemente debido a su costoso mantenimiento, hubo de ser disuelta. La orquesta, formada por 17 instrumentistas de cámara, vivió su época de mayor esplendor entre 1784-1790 y, al menos la mitad de sus profesores, compatibilizaba su trabajo en la Real Capilla. Entre ellos Luigi Boccherini, que la dirigió casi dos años (1786-1787) y posiblemente también participó como instrumentista (violonchelo).

Parece que desde 1793, los Osuna-Benavente optaron sólo por contratar músicos cuando necesitaban sus servicios, práctica que mantuvieron sus sucesores durante todo el siglo XIX contratando a músicos y gestores musicales -entre ellos, Victoriano Daroca (1793-1875)- que dirigieron numerosas fiestas y actos religiosos patrocinados por ellos.

El **IV Capítulo** se refiere a los archivos e instrumentos musicales recopilados por la familia en los siglos XVIII y XIX.

Respecto a la “papelera de música”, nombre con el que consta el archivo en la documentación, los miembros de la Casa tuvieron siempre un gran interés por conseguir un repertorio novedoso y exclusivo para ser representado como primicia en actos sociales o religiosos bajo su patrocinio, adquiriendo obras a los mejores compositores españoles y europeos.

Unas veces son obras dedicadas a los señores por músicos de su Casa, o que querían así promocionarse, otras

contratos con autores famosos, como el suscrito con F.J. Haydn en 1783, en el que se obligaba a enviar a la Condesa Duquesa de Benavente un mínimo de 12 composiciones por año, fundamentalmente instrumentales. El contrato debió de cancelarse en 1790 cuando Haydn se traslada a Londres. Otro músico que suministró muchas obras fue L. Boccherini que en las nóminas de la Casa figura no sólo como director sino como compositor.

En ciertas ocasiones se trataba de encargos de misas y juegos de vísperas para las fiestas religiosas, o copias que reproducían parcial o totalmente partituras, aunque las novedades, sobre todo en el siglo XIX, se conseguían gracias a la compra de ejemplares impresos o manuscritos a proveedores españoles (Gabriel de Sancha) o europeos (Jean Jérôme Imbault); pedidos que siguieron siendo habituales tras la muerte de María Josefa (obras de Rossini, Bellini y Johan Strauss I).

Todas estas adquisiciones dieron lugar a la formación de varios archivos musicales -cuya época de máximo esplendor coincidió con la de XV Condesa- y que pueden reconstruirse en parte a través de varios catálogos e inventarios de la sección Osuna del A.H.N. de Toledo. La "papelera de música" se conservó en el palacio de la Puerta de la Vega en Madrid: música instrumental, religiosa, teatral, vocal de cámara, y su riqueza era conocida en toda España, incrementándose aún más en 1841 con la incorporación de los fondos del Ducado del Infantado. Por desgracia gran parte de esta extraordinaria librería musical se dispersó a lo largo del XIX, probablemente durante la enajenación del patrimonio de la Casa de Osuna, y también en otras subastas o ventas en el siglo siguiente. Cuando el Estado adquirió la Biblioteca Osuna en 1886, apenas una

pequeña parte del archivo musical pasó a la Biblioteca Nacional, porque el grueso parece que se encontraba en las bibliotecas privadas de los miembros de la Casa.

Un destino igualmente lamentable se cebó en los numerosos -y muchos excelentes- instrumentos musicales, una parte de los cuales desapareció durante la Guerra de la Independencia (saqueo francés de El Capricho) y otra en la almoneda de los bienes de la Casa de Osuna a finales del siglo XIX.

El **Capítulo V** se centra en la música sacra (*ca.* 1740-1882), uno de los principales géneros donde se focalizó el mecenazgo musical de los Pimentel y los Osuna.

En la villa andaluza mantuvieron los Téllez Girón dos capillas musicales, la de la Colegiata de Santa María y la de la capilla del Santo Sepulcro, panteón familiar, que acabaron fundiéndose en esta última en 1813.

Las fiestas religiosas servían en el Antiguo Régimen como ostentación de las instituciones básicas sobre las que reposaba todo el entramado del sistema, la Monarquía (y, en su caso, la nobleza) de su prestigio y supremacía económica y social. Bautismos, matrimonios o funerales (entre otras fiestas) se convertían en suntuosos espectáculos donde se combinaban literatura, música, danza, pintura, escenografía y arquitectura efímera. Otras veces los aristócratas patrocinaron la celebración de fiestas religiosas en los principales templos de las ciudades donde residían, para honrar a sus santos patronos o cualquier acontecimiento privado o político de relevancia. En todas estas efemérides la música cobró un papel extraordinario dentro de un espectáculo de características auténticamente teatrales.

Durante estas fiestas se solían estrenar piezas musicales encargadas a tal

efecto a compositores españoles, italianos y centroeuropeos (J. Haydn), cuya interpretación corría a cargo de las capillas musicales de las instituciones eclesiásticas, de los músicos de la familia patrocinadora o de otros grupos, instrumentales o vocales, creados para dicha ocasión. La festividad más importante promovida por los Pimentel fue la dedicada a San Francisco de Borja, patrón de la Casa de Gandía que en 1740 se incorporó a la de Benavente, una fiesta que se mantuvo hasta 1858, en tiempos ya del XVII Conde, Mariano Téllez-Girón.

Además de esta función, los Benavente patrocinaron otras fiestas que contaron con importante participación musical, quizás la más significativa -que se celebraba en abril en Nuestra Señora de Portacoeli- dedicada a Santo Toribio de Mogrovejo, patrón de de la propia Casa y de Mayorga de Campos (Valladolid), su lugar de nacimiento, un territorio que pertenecía a los Pimentel desde el siglo XV.

Las celebraciones religiosas familiares, como hemos dicho, eran ocasión señalada para subrayar el privilegio y rango del linaje y la música un elemento indispensable de su ceremonial. Entre estos acontecimientos, pueden destacarse los funerales del VIII Duque de Osuna en 1787 cuya teatralidad barroca sirvió para propagar la imagen idealizada de la institución que representaba. La plasmación de este programa implicaba la colaboración de diferentes disciplinas artísticas en una suerte de *Gesamtkunstwerke*, con monumento funerario erigido por Juan de Villanueva, participación de coros y la orquesta de la Condesa Duquesa de Benavente.

Con más frecuencia serán instituciones contratadas (Real Capilla, Capilla del Colegio Imperial de Madrid, Capilla

del Oratorio de San Felipe Neri, Real Capilla de San Cayetano, etc) las que desarrollen actividades de festería (como se denominaban a la sazón) al servicio de la Casa: bautizo en la catedral de Barcelona (1783) de Josefa Manuela, primogénita de María Josefa y el Marqués de Peñafiel; exequias del XI Duque de Osuna en 1844, en las que intervino una orquesta de 200 profesores.

Otra de las principales líneas de mecenazgo de las Casas de Osuna y Benavente, fue la promoción del teatro musical, sobre el que discurre el **VI Capítulo**.

Siguiendo una larga tradición de los Téllez-Girón, tras la boda (1738) de la primogénita del VII Duque de Osuna, María Faustina, con el futuro XIV Conde de Benavente, también el teatro musical fue una de las prácticas culturales de este linaje, que se extendió hasta la quiebra de ambas Casas en 1882.

Apoyo al estreno de óperas, zarzuelas y tonadillas de compositores y libretistas que trabajaron a su servicio y promoción financiera y artística de funciones privadas en los teatros de los Caños del Peral, de la Cruz y del Príncipe, en el ámbito de los palacios de los Condes de Benavente y en el cortesano de los Reales Sitios.

Una labor en la que sobresalen en la década de los ochenta, María Faustina Téllez-Girón, conocida como Condesa Viuda de Benavente y su hija María Josefa, XV Condesa Duquesa, incansables promotoras de óperas italianas que interpretaban compañías españolas en los teatros del Príncipe y de la Cruz de Madrid. Hasta tal punto, que la Casa de Osuna Benavente se convirtió en la principal accionista de la denominada Asociación de óperas italianas del Teatro de los Caños del Peral que funcionó entre 1791 y 1795, y a pesar de su fracaso empresarial, no cesaron en

sus relaciones con las compañías de otros teatros públicos madrileños

La Condesa de Benavente continuó hasta sus últimos años protegiendo a compositores, bailarines y cantantes como Louis Moreau y Achille Monroy, Lorenza Correa, Leandro Valencia, la violinista y cantante Luisa Gerbini y muy especialmente a la mezzosoprano portuguesa Luisa Rosa de Aguiar (Luisa Todí) con quien María Josefa llegaría a entablar una gran amistad.

Heredero de esta tradición de mecenazgo, Mariano Téllez-Girón mantuvo una intensa labor de protección de la música teatral en las figuras del Maestro Barbieri o el pianista y compositor José Inzenga.

Animadores de las instituciones públicas, los Osuna Benavente también desarrollaron el teatro musical en sus propios palacios, especialmente en los de la XIV Condesa María Faustina donde colaboró de manera especial el sainetero Ramón de la Cruz. Fruto de esta relación de patronazgo nacieron diversas obras teatrales que se representaron en el palacio de la Condesa Duquesa viuda y el encargo de textos musicales (zarzuelas) producidas y escenificadas en su casa. Asimismo el dramaturgo, Leandro Fernández de Moratín, antagonista y crítico habitual de las obras de Ramón de la Cruz, participó en un proyecto fallido destinado a representarse en las funciones domésticas de María Faustina.

Por fin el **VII Capítulo** indaga sobre el papel desempeñado por la música instrumental y vocal de cámara. Esto es, aquella música para consumo doméstico, de carácter profano, que se interpretaba en las cámaras o aposentos de los grandes señores, por pocos músicos y audiencia limitada, y que se contraponen a los otros dos grandes géneros, la música sacra y la teatral.

En el siglo XVIII esta música doméstica abandona los espacios íntimos de las habitaciones aristocráticas para convertirse en uno de los vehículos de sociabilidad ilustrada que transformaron las rígidas costumbres cortesanas: salones, academias, bailes, conciertos.

Las casas de Osuna y Benavente, que ya cultivaban la música de cámara desde el siglo XVI, organizaron en sus palacios urbanos y campestres, desde las primeras décadas del XVIII, academias y conciertos semipúblicos con músicos, cantantes e instrumentistas muy afamados. Para estas ceremonias se crearon obras armónicas, como las seis sonatas de cámara de violín y bajo solo de Francisco Manalt (1737), uno de los pocos ejemplos conocidos de música para violín de un autor español editada durante el reinado de Fernando VI.

Los eventos más conocidos fueron los organizados por María Josefa Pimentel en sus palacios de la Puerta de la Vega y La Alameda (El Capricho) a partir de las últimas décadas de aquel siglo, celebrándose desde entonces muchos bailes de honor a los que acudieron los reyes de España entre 1814-1816 y los de Sicilia (1830).

Con ella coincidió también la época de esplendor de la música de cámara. Como se dijo más arriba, el matrimonio de la Benavente con el IX Duque de Osuna fundó y mantuvo importantes grupos instrumentales de músicos, para los que consiguió un exclusivo repertorio de compositores tan famosos como G. Brunetti, L. Boccherini o F. J. Haydn. Valses, contradanzas, rigodones y otros aires de moda, interpretados en bailes, academias y fiestas palaciegas por orquestinas de entre 8 y 12 profesores. Pero también música para piano y vocal, de la que eran consumados intérpretes la Duquesa de

Abrantes, benjamina de los Duques y el XI Osuna, nieto de María Josefa, con obras de Scarlatti y Händel, en el siglo XVIII, y ya en el XIX, sobre todo de Rossini, sin olvidar las *modinhas* portuguesas y canciones españolas y andaluzas.

FERNANDO REGUERAS GRANDE